

regrino, dirigida por Luis Alonso Schökel. Encontramos recogida la mayor parte del texto y justificada la ausencia de algunos párrafos.

En las notas que acompañan al texto se aprecia el marcado interés pastoral, intentando, a través de un tono directo y coloquial, facilitar el acercamiento del lector al contenido de los textos bíblicos. No encontramos un comentario ni exegético ni exhaustivo de cada pasaje, sino la reseña de los aspectos más interesantes y llamativos, que satisfagan la curiosidad del lector y le animen a continuar adelante en la lectura. Consigue con ello que el lector se vaya introduciendo paulatinamente en el ambiente histórico y social, se familiarice con las formas literarias, y conozca lo más relevante del contenido teológico de Levítico y Números.

También son de utilidad tanto las introducciones como las reflexiones finales de cada uno de los libros. Muy sencillas, facilitan la lectura de los textos, proponiendo orientaciones útiles para la comprensión de los mismos, o aclarando algunos de los temas que hayan podido aparecer.

Se trata pues de una edición de dos libros de la Escritura con notas, una obra sencilla y manejable, destinada a un público no especializado que podrá adentrarse en unos textos a los que difícilmente se acercaría sin ayudas de este tipo.—FLORENCIO ABAJO NÚÑEZ.

TEOLOGÍA DOGMÁTICA

S. MAZZOLINI, *La Chiesa è essenzialmente missionaria. Il rapporto «natura della Chiesa» - «missione della Chiesa» nell' iter della costituzione de Ecclesia (1959-1964)*, Ed. Pontificia Università Gregoriana (= Analecta Gregoriana), Roma 1999, Rústica, 467 pp.

En su Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* S.S. Juan Pablo II recuerda que, «la mejor preparación al vencimiento bimilenario ha de manifestarse en el renovado compromiso de aplicación, lo más fiel posible, de las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia» (n. 20). Y, más adelante, el Pontífice desea que, con motivo del Jubileo del año 2000, los cristianos eleven, con profundo sentimiento, «su acción de gracias por el don de la Iglesia, fundada por Cristo como “sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1)» (n. 32). Y, como no se puede alabar lo que no se conoce, el Sucesor de Pedro instaba a los cristianos a conocer más de cerca el misterio de la Iglesia a través de una profundización «en la doctrina eclesiológica del concilio Vaticano II contenida sobre todo en la constitución dogmática *Lumen gentium*» (n. 47).

Y es que, los documentos conciliares, no fueron elaborados con el propósito de permanecer almacenados en un archivo como meros escritos, sino que fueron el resultado de una reflexión, de una plegaria sincera, de una colaboración solícita, de una vuelta a las fuentes más vivificantes y cristalinas de la Iglesia y, cómo no, de un arduo trabajo, y todo ello, bajo la guía del Paráclito. Así, esos textos están llamados a transformarse en vida del nuevo pueblo de Dios, de todos y cada uno de sus miembros. En efecto, los pronunciamientos del Vaticano II fueron realizados para que se convirtieran en motor de renovación de la Iglesia y llegaran a ser indicadores seguros en el peregrinar cristiano. Ahora bien, todo eso será una magnífica realidad en la medida en que esas intervenciones se reciban dignamente en el seno de la Iglesia, con la seguridad de que, por ellas, el Espíritu de Dios ha hablado a las iglesias con el fin de encaminarlas hacia la verdad plena (cfr. Ap 2,7; Jn 16,13) y, por consiguiente, también hacia la verdad de la existencia en nuestra sociedad actual. Para ello, hay que estudiar el concilio, hay que redescubrirlo cada día con total fidelidad, sin reticencias ni temores, sin interpretaciones arbitrarias ni confusiones nocivas de la enseñanza objetiva de los textos conciliares con las propias ideas, manteniéndose en la posición correcta que no contraponga texto a espíritu, es decir, que no deje el texto del Vaticano II en letra muerta o haga decir al concilio lo que en realidad no afirma en virtud de la referencia a un cuestionable *espíritu del concilio* que, muchas veces, no se sabe lo que es. El concilio se debe aplicar tal y como es, se debe actualizar en su globalidad y a él debemos acercarnos tal y como fue, y no como algunos quisieran verlo o comprenderlo.

En este sentido, con respecto a la recta valoración del Vaticano II, la teología tiene el deber de aportar luz, perspectiva y equilibrio. La teología puede ofrecer criterios hermenéuticos. La teología puede ser invocada como árbitro en medio de superficialidades o exclusiones. Grandes dosis de estas facetas son las que brinda la magnífica obra de la Dra. Mazzolini. Sus bien articuladas páginas vienen a allanar el camino para una comprensión idónea del Concilio y, sobre todo, para una más lograda y mejor aplicación del mismo. Por este motivo, consideramos este volumen como oportuno, lúcido y meritorio. Además, el valor de la monografía se ve realzado porque su autora es laica. En efecto, el Papa Juan Pablo II, en su Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, expresa con rotunda claridad la importancia que reviste el preparar laicos. En este sentido, el Pontífice mantiene que es precisa «la formación doctrinal de los laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de “dar razón de la esperanza” que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas» (n. 60). Y, en otro lugar de ese elocuente documento, como nadie puede dar lo que no tiene, el Obispo de Roma subraya: «Hay que preparar fieles laicos que se dediquen a la acción educativa como a una verdadera y propia misión eclesial» (n. 62). La Profesora Mazzolini, al tener un riquísimo bagaje teológico, está desempeñando una loable labor docente e investigadora, tal y como lo manifiestan las atinadas apreciaciones sobre diversas obras que habitualmente publica la renombrada Revista *La Civiltà Cattolica*. No es de extrañar. S. Mazzolini es una adelantada en la cultura, con gran pericia en el manejo del lenguaje, con enorme capacidad de síntesis y acrisolada paciencia en el trabajo analítico. Experta en Eclesiología, no se queda atrás en ciencias humanas. Italiana de nacimiento y universal de espíritu, tiene una fina sensibilidad

para el armónico desarrollo de las cuestiones que aborda. Licenciada en Filosofía y Letras en la Universidad de Letras, obtuvo recientemente el doctorado en la Pontificia Universidad Gregoriana bajo la sabia y concienzuda dirección del P. Ángel Antón, S.J. Este dato conviene que sea destacado porque, la Iglesia, nunca agradecerá bastante la labor humana, sacerdotal y pedagógica que el Padre Antón ha realizado y, todavía hoy, continúa realizando, a través de la dirección de numerosas tesis, desde aquella encomiable institución académica romana, de la que, como fruto granado, participa la Dra. Mazzolini con esta obra suya, de notable densidad, tal y como lo proclama el que haya sido aceptada en la prestigiosa colección «Analecta Gregoriana» con el número 276.

La obra es un estudio detallado y perspicaz de la eclesiología que adquirió carta de oficialidad en el Vaticano II. Su autora no ha buscado más que ahondar en los lazos que vinculan la naturaleza con la misión de la Iglesia en el itinerario de elaboración de la constitución *Lumen gentium* (1959-1964).

Como es sabido, el último concilio pasará a los anales de la historia de la Iglesia como una asamblea eminentemente eclesiológica. La Iglesia, en sus múltiples vertientes, fue su columna vertebral. En un ejercicio de escucha de la Palabra, de buceo en la Tradición, de mirada contemplativa al mundo y al hombre del momento y de introspección en la propia conciencia, los Padres conciliares alumbraron una eclesiología que abandonó esquemas usuales para abrirse a un panorama con una amplia gama de ópticas. Los textos conciliares nos presentan de la Iglesia una imagen poliédrica: la Iglesia, realidad histórica y humana pero, simultáneamente, misterio de fe e institución divina; la Iglesia pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu, sacramento universal de salvación y comunión de amor. La lectura del Vaticano II es la mejor manera de no reducir a la realidad eclesial, por ejemplo, a coordenadas puramente sociológicas o meramente antropológicas, dimensiones éstas que, si no se ven completadas, resultan deformantes o incluso inadecuadas, pues no prestan atención al misterio que constituye la entraña más sustancial de la Iglesia, que, como el Verbo, es de naturaleza teándrico (cfr. *SC*, n. 2; *LG*, n. 8).

Proclamar que la identidad más nítida de la Iglesia es esencialmente misionera, hoy parece una perogrullada. El Magisterio ordinario y extraordinario, los manuales de Eclesiología postconciliares, la elaboraciones catequéticas, las homilías, etc., no dejan de reafirmarlo. Sin embargo, esto no siempre estuvo en un primer puesto en la conciencia de la Iglesia. A veces, pasó por momentos de no tanta brillantez. La Profesora Mazzolini ha mostrado cómo se fue haciendo cada vez más evidente esta verdad a lo largo de la gestación y debate conciliar de la Constitución *De Ecclesia*, luego titulada *Lumen gentium*. El arco temporal de su investigación va de 1959 a 1964 y, las fuentes que maravillosamente ha examinado, son los apretados volúmenes que recopilan los *consilia et vota* preparatorios del concilio, los esquemas de la constitución *De Ecclesia* y las actas que contienen los debates conciliares. Quien conoce este material sabe que es abrumador. Mazzolini lo ha recorrido con esmero para sacar de él todo su partido.

En efecto, a través de su estudio, ha demostrado que, los polos del binomio identidad-misión, en la realidad eclesial, de ser considerados como realidades separadas han pasado a contemplarse como una entidad imbricada o, lo que es lo mismo, es tal la ósmosis entre ellos que la naturaleza eclesial se expande en misión. El pasaje

de una visión a otra ha necesitado un itinerario que sería simplista calificar de preconciliar la primera y conciliar la segunda. «Más concretamente, se puede afirmar que durante el Concilio maduraron, en el plano de conciencia colegial, algunos aspectos ya presentes anteriormente en las aportaciones de cada uno de los obispos a la consulta realizada con vistas a la celebración conciliar. El desarrollo del pensamiento conciliar se expresa en algunos cambios que entrañan tanto una transformación del método, con el regreso a las fuentes y la introducción de un lenguaje simbólico, como del contenido» (p. 389). Así, a lo largo de este denso volumen, magníficamente presentado por la Editorial de la Pontificia Universidad Gregoriana, la autora va ofreciendo abundantes consideraciones que revelan cómo la imagen «cuerpo místico de Cristo» deja de tener un rango de preponderancia exclusiva y va combinándose con las de «misterio/sacramento» para reflejar tanto la naturaleza como la misión de la Iglesia. Estas nuevas formulaciones logran iluminar tanto la conciencia como la labor de la Iglesia no como realidades individuales sino como una realidad simbiótica, de forma que es posible afirmar que la Iglesia es misión y viceversa.

Que el Vaticano II adoptara como punto de partida de su reflexión sobre dicho binomio los conceptos de misterio-sacramento tuvo como inmediata consecuencia la necesidad de emplear una terminología más bíblica, patristica y evocativa, congruente en definitiva con el cambio adoptado. Si unas claves más jurídicas podían ser más adecuadas para presentar a la Iglesia bajo perfiles de un mayor cuño canónico, histórico y societario, los nuevos planteamientos proclaman la insuficiencia de esos moldes para aludir a la Iglesia en su vertiente teándrica desde una óptica más espiritual y mística.

Finalmente, dando un paso más, la Dra. Mazzolini indaga cómo los Padres conciliares emplean el binomio naturaleza-misión de la Iglesia para presentar la identidad y el quehacer del episcopado y de los laicos, componentes constitutivas de la Iglesia dentro de un horizonte misterioso.

La tesis, para concluir, sacando la enjundia de sus tres grandes capítulos, retoma algunos puntos de los mismos y, de la documentación examinada, se detiene en otros pares temáticos de carácter dialéctico. Desde una atalaya comunional, se manifiesta que dichos polos mantienen simultáneamente la distinción y la unidad. Con estas coordenadas, además del par naturaleza-misión, la autora se fija en la vinculación de la dimensión mística y societaria en la Iglesia, del binomio comunión-distinción, historia-escatología, universalidad-particularidad. Todos estos pares no hacen más que confirmar que la naturaleza de la Iglesia es esencialmente misionera.

Volvemos a subrayar que, la autora, no elucubra en el vacío. Por el contrario, los datos que se utilizan emergen del examen minucioso de la documentación oficial de la fase antepreparatoria del Concilio y de las intervenciones de los Padres en la discusión conciliar viendo cómo éstas fueron asimiladas en la Constitución *De Ecclesia*.

En definitiva, estamos ante una obra de rigurosa teología positiva, seria, útil y llamada a prestar un enorme servicio a aquellos que no se dejen vencer por los frecuentes tópicos a la hora de evaluar el concilio. Viendo su fase preparatoria y el trabajo de los Padres, se pueden apreciar mejor las afirmaciones de *Lumen gentium* y, sobre todo, huir de juicios apresurados o sesgados.

Los textos estudiados son como un prisma cristalino a través del cual se han filtrado rasgos de la identidad eclesial. Son textos que, no sólo expresan la identidad de la Iglesia, sino que también concurren a formar la conciencia de la Iglesia o, mejor aún, son testimonio de una tensión dialéctica y de una búsqueda incesante. Los textos estudiados por Mazzolini, al ser episcopales, son ciertamente privilegiados por el puesto que en la Iglesia tienen los Obispos. Son también textos orientadores y clarificadores. De esta manera, la lectura de esta obra suministra no sólo elementos para la reflexión sino pautas relevantes para la actuación. Por esto, damos sinceramente nuestra enhorabuena a la autora y la animamos a seguir en esta senda tan imprescindible en nuestros días para la Iglesia de estudio, investigación y docencia. Quiera Dios que el ejemplo de la autora, anime a otros laicos a implicarse en su formación doctrinal con la misma dedicación y sensatez que la Dra. Mazzolini.—FERNANDO CHICA ARELLANO.

ONWUBIKU, O.A., *Missionary Ecclesiology. An Introduction*, Fulladu Publishing Company, Umeanu Estafe, Nigeria 1999, 171 pp., 15 × 22 cms.

— *The Church as the Family of ob (Ujamaa)*, *Ibid.*, 1999, 219 pp., 15 × 22 cms.

En la primera de estas dos obras su autor, Profesor en el Bigard Memorial Seminary de Enugu, en Nigeria, presenta el enfoque y punto de partida de un amplio proyecto de estudios sobre la Iglesia, que debe abarcar, además de la segunda de las obras aquí reseñadas, una teología actualizada del ecumenismo («Building Unity Together in the Mission of the Church») y una eclesiología del Vaticano II para principiantes.

Su enfoque parte pues de la profundización en la misión de la Iglesia, abordada directamente desde los planteamientos del Vaticano II y desde la experiencia de la Iglesia en África. El primer capítulo examina cómo toma forma el concepto de una eclesiología de misión («missionary ecclesiology») en relación con el concepto prevaticano de «iglesia sociedad perfecta» y con el de «Iglesia Pueblo de Dios» —más utilizado después del Vaticano II. Inmediatamente el segundo capítulo, muy lógicamente, se consagra a la conexión entre este concepto de Iglesia misionera y el de inculturación.

La parte segunda profundiza en el significado operativo —tanto práctica como conceptualmente— de la comprensión de la Iglesia desde el ángulo de su misión y muestra cómo ello se corresponde con un retorno a las fuentes de la comprensión de lo eclesial, examinándose en una tercera parte la postura de diversas corrientes teológicas ante este reenfoque de la eclesiología. Completan el libro tres capítulos dedicados respectivamente a las aportaciones de Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI preparatorias de esa comprensión de la Iglesia.

La segunda obra, *The Church as the Family of God (Ujamaa)* examina primero el concepto africano de Ujamaa en su enraizamiento cultural y en su aptitud para con-